

# El profesor universitario y la actitud intelectual ante la guerra

Javier Guerrero Barón<sup>1</sup>

## Introducción

---

*En homenaje a Guzmán, Umaña y Fals, los autores del libro La Violencia en Colombia en los 50 años de su primera edición. 1962-2012*

Colombia ha desarrollado desde los años cincuenta una de las guerras civiles más atípicas y largas de la historia mundial de la segunda mitad del siglo XX. En este transcurso los profesores universitarios adoptaron diferentes actitudes; tomando como punto de partida el supuesto de que hay sectores que se enmarcan dentro de la categoría de “intelectuales” por su intención de expresar su pensamiento en público, o porque sus estudios influyen en la opinión de la sociedad o en la agenda de lo público, este artículo intenta reflexionar sobre esas manifestaciones del pensamiento y las actitudes de los profesores universitarios desde los años cuarenta hasta los setenta. Forma parte de un trabajo más amplio sobre las condiciones de producción e investigación de los profesores en medio de la violencia y la guerra. Para entender el proceso intelectual colombiano de los últimos cuarenta años del siglo XX vamos a retomar la periodización desarrollada por el historiador Gonzalo Sánchez Gómez (2000, pp. 5-16), actual coordinador del Grupo de Memoria Histórica, ahora denominado Centro de Memoria Histórica –primera experiencia colombiana de lo que se podría aproximar a una comisión de la verdad–. Dicha periodización plantea cuatro categorías de intelectuales a manera de etapas históricas sucesivas o “momentos y modalidades”, la primera predominante en el siglo XIX y las tres últimas para etapas sucesivas del siglo XX: a) los intelectuales letrados; b) los maestros; c) los intelectuales crítico-contestatarios; d) los intelectuales ciudadanos o intelectuales para la democracia; y e) los intelectuales mediadores. La presente reflexión se centra en la segunda mitad del siglo XX, por lo cual nos abstendremos de tratar la primera categoría. El presente artículo versará sobre la segunda y tercera etapas o categorías de intelectuales ilustrados con los casos de la Escuela Normal Superior de Colombia y de la Universidad Nacional.

---

1 Sociólogo, Magister y Doctor en Historia, profesor titular y Director del Doctorado en Historia de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja. Presidente de la Asociación Colombiana de Historiadores, Coordinador grupo de investigaciones Conflictos Sociales Siglo XX.

A manera de contexto, nos permitiremos caracterizar brevemente el conflicto armado interno que vive Colombia desde 1948. A raíz del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, se desató un alzamiento popular conocido como *el Bogotazo*, que desembocó en una agudización y generalización del enfrentamiento de las huestes de los dos partidos tradicionales, que se venía dando desde los años treinta. Este alzamiento desencadenó una fuerte represión gubernamental y las consabidas resistencias armadas que dieron origen a guerrillas liberales y comunistas, y a numerosos focos bandoleriles que sumieron al país en un período conocido como *la Violencia* (con mayúscula), que en nuestro concepto es el comienzo de una larga “guerra civil no declarada”, como la denominara Hobsbawm, expresión desde entonces de una larga guerra civil informe, elusiva o “guerra ambigua”, como ha sido caracterizada por diferentes analistas. Desde los años cincuenta se transformó en una confrontación de proyectos de insurgencia y contrainsurgencia, dentro del contexto de la “guerra fría”, con la sucesiva aparición de numerosos grupos guerrilleros sin que se articule un proyecto revolucionario, en un proceso casi permanente de “insurgencia sin revolución” (Pizarro, E., 1996). En este proceso, surgieron en los años sesenta guerrillas como el MOEC - Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (1963), las FARC - Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (1964), el ELN - Ejército de Liberación Nacional (1965), el EPL - Ejército Popular de Liberación Nacional (1968), entre las principales. En los setenta surgiría, a raíz del fraude electoral de 1970, el M-19 (Movimiento 19 de Abril) entre las más importantes, además de otros grupos y disidencias. Con ocasión del movimiento democrático que llevó a la promulgación de una nueva constitución en 1991, negociaron su reintegro al establecimiento el M-19, el EPL, la guerrilla indigenista Quintín Lame y el PRT (Partido Revolucionario del Trabajo), persistiendo en la guerra, entre otros grupos, el ELN y, sin duda el mayor y más activo militarmente, las FARC, que aunque oficialmente emergió en los años sesenta, fue expresión de la resistencia comunista ante la vieja violencia contra sus organizaciones en los años cincuenta.

En los años ochenta emergieron, a la sombra del auge del narcotráfico, nuevos fenómenos que relanzaron el conflicto, se sumaron o fueron concomitantes con estrategias de contrainsurgencia para la guerra centroamericana de la administración Reagan<sup>2</sup> que tuvieron su correlato en Colombia, apoyados ilegalmente por operaciones encubiertas y financiamiento ilegal

---

2 Ronald Wilson Reagan (6 de febrero de 1911-5 de junio de 2004). Cuadragésimo Presidente de los Estados Unidos, 1981-1989.

de los carteles colombianos de la cocaína, que condujeron a la conformación de grupos paramilitares y escuadrones sicariales que se reprodujeron con relativa libertad y connivencia institucional y de sectores empresariales y de la sociedad civil, hasta el punto de que se reconocen varias generaciones de organizaciones paramilitares, una de ellas aglutinada en un proyecto político-militar de extrema derecha con cobertura nacional que infiltró la mayoría de los partidos políticos, unidades policiales y militares y otras instituciones gubernamentales, organización que se denominó AUC (Autodefensas Unidas de Colombia), cuya cúpula sostuvo un confuso proceso de negociación con el gobierno del presidente Álvaro Uribe (2002-2010). Como era de esperarse, este proceso permeó toda la sociedad y la Universidad no podía ser ajena a estas realidades.

### Los maestros intelectuales y la violencia: el caso de la Normal Superior Nacional

---

Iniciando nuestro análisis con la segunda categoría –los intelectuales maestros–, reconocemos entre los años treinta y sesenta –con el surgimiento de las facultades de ciencias de la educación<sup>3</sup> y posteriormente de la Escuela Normal Superior de Colombia– la emergencia de los intelectuales-maestros; a estas instituciones se vincularon refugiados de las guerras europeas y perseguidos de los nazi-fascismo-falangismos europeos, que adelantaron importantes procesos y debates que dieron lugar al surgimiento de las disciplinas de las ciencias sociales como la Sociología, la Antropología, la Psicología, el Psicoanálisis, entre otros, y renovaron los discursos de la Historia, la Geografía y la Economía. En el marco del proceso de modernización de la República Liberal, la formación de maestros era una estrategia fundamental:

*En un marco más amplio, podríamos decir que estas inquietudes traen consigo dos expresiones de modernidad: la capacitación para la tecnificación –en el plano de lo público– y la higiene –en el plano privado–. En ambos casos, lo que se estaba proponiendo era la transformación del “mestizo” colombiano en un ciudadano civilizado, capaz de desenvolverse –en la justa medida– dentro de un país moderno. Y el actor principal de tal transformación era el maestro, en su doble papel de investigador y docente. Así pues, el maestro formado en la Escuela Normal Superior debía desempeñarse no solamente como transmisor de conocimientos, sino que debía elaborarlos y sistema-*

---

3 Surgieron en 1934, adscritas a la Universidad Nacional, y son antecesoras de la Universidad Pedagógica Nacional - UPN de Bogotá y de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia - UPTC de Tunja. Ambas serían fusionadas en 1936 para la creación de la Escuela Normal Superior de Colombia.

*tizarlos él mismo: “el maestro habría de ser el gran ojo social [...] Así el maestro es pensado como una conciencia sensible, la conciencia producto de la ciencia experimental (aplicada), de los movimientos de la vida y de las expresiones sociales” (Quiceno, H., 1987, p. 48).*

De ahí la estructura de la Escuela Normal Superior: no solamente fue pensada como una entidad académica, sino como un centro investigativo que poseía biblioteca, laboratorios, escuelas de prácticas e incluso institutos de investigación donde todo lo aprendido debía aplicarse al análisis de la realidad nacional (Giraldo, P., 2005).

El problema fundamental es que la Escuela Normal Superior estaba inscrita en un proyecto intelectual y cultural más amplio de lo que los contra-reformadores pensaban:

*Tenemos entonces un aparato educativo que, además de enseñar profesores, preparaba investigadores en etnología [y en Historia, en Geografía y Sociología, para no hablar de las ciencias naturales y las matemáticas] pero cuya visión del país se encontraba permeada por los debates del momento. En primer lugar, la herencia “tolerante” de los intelectuales de principios del siglo XX propició el desarrollo de una visión crítica sobre los fenómenos sociales, distante de anteriores aproximaciones, de corte partidista. En segundo lugar, este aparato se encontraba inmerso en una dinámica mucho más amplia de modernización del país, no solamente en el sentido ya expuesto de capacitación, sino en el de construir un Estado-nación moderno (Giraldo, P. Op. Cit.).*

Y este tal vez era el problema. Colombia vivía con la Violencia una formidable contra revolución. Hacíamos el tránsito de la “revolución imaginada” a la “revolución frustrada”, por lo menos en el plano de los discursos (Guerrero, J., 2002). La llamada “Revolución en Marcha” había intentado una serie de reformas que pretendían la modernización de las relaciones laborales, las obligaciones civiles, tributarias, la función social de la propiedad, el acceso de la mujer a la educación superior y hasta la revisión del Concordato con el Vaticano para entronizar el divorcio civil, para no hablar de la más difícil de todas: la reforma agraria, todas en su conjunto vistas como una revolución comunista que en el decir de los conservadores más radicales, había que conjurar. Desde los imaginarios conservadores había que hacer una restauración del orden perdido, y la segunda república conservadora lo que pretendía era eso: restaurar un orden cultural; o por lo menos así lo imagina el discurso conservador radical “de la Revolución al orden nuevo”<sup>4</sup> (Azula Barrera, R., 1956). La Normal había surgido en medio

4 Así caracteriza el principal libro conservador a las reformas liberales.

del furor de las reformas, y de alguna manera era un símbolo de la nueva educación y de un proyecto amplio donde las mujeres tuvieron el derecho a la cultura y a la educación.

Esta es la razón por la que este proceso se cortó abruptamente, según Sánchez, con el advenimiento del Bogotazo y la Violencia:

*En todo caso el movimiento de renovación cultural es abruptamente interrumpido el 9 de abril de 1948, día del asesinato de Gaitán, que es también un hito en la confrontación de mentalidades. La intemperancia política y cultural de la Violencia, como se sabe, obliga al cierre de centros de debate intelectual y de prestigiosas publicaciones, y provoca el retorno a sus sitios de origen de algunos de los migrantes extranjeros que en décadas precedentes habían llegado a Colombia perseguidos por los gobiernos de sus propios países. Este estrangulamiento cultural podría asimilarse a una especie de contra-revolución preventiva, que es la caracterización que del fascismo hacían los anarquistas italianos. Y se produce en el preciso instante en que florecían los centros académicos de otros países latinoamericanos, como El Colegio de México, fundado en 1940; o se afirmaban tempranos procesos de institucionalización de las Ciencias Sociales, como el de Brasil, que había contado con el apoyo directo de figuras como Fernand Braudel, Lévy-Strauss y Roger Bastide. Colombia, por el contrario, entraba en un silencio cultural de casi dos décadas, entre 1945-1965, y eso en el contexto de la aceleración temporal del siglo XX era mucho tiempo (Sánchez Gómez, G., Op. Cit., p. 11).*

A esta crisis sobrevendría un silencio intelectual que los críticos literarios e historiadores han denominado “la generación perdida”, en la que se produjo un empobrecimiento de la cultura intelectual que significó el silenciamiento del pensamiento público, en tanto que en el país, en ese lapso, se producían cerca de 300 000 muertes por mecanismos de terror oficial, arrasamiento de los campos y emergencia de innumerables guerrillas y bandoleros, mientras que simultáneamente se cerraba el parlamento durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez (1946-1950), luego del asesinato, en plenas sesiones, de dos parlamentarios liberales. Ganaba en 1949 las elecciones como candidato único (por retiro de su competidor, Darío Echandía, a causa de un atentado en el que salió ileso pero fue asesinado su hermano), el oráculo conservador del Congreso, Laureano Gómez, conocido como “el monstruo”, quien se posesionó sin parlamento y presidió un país en medio de un baño de sangre.

Entre tanto bandas de “pájaros” –como se les llamaba a los matones protegidos por el gobierno– y “chulavitas” –como se denominaba a la policía sectaria conservadora– arrasaban y quemaban corregimientos, veredas y

poblados del partido contrario. El lenguaje del terror había cumplido su cometido. En 1952 el Parlamento era reemplazado por una Asamblea Nacional Constituyente, cuya misión era sustituir la constitución de carácter republicano por otra de carácter corporativista falangista bajo la influencia del franquismo español.

Pero la consecuencia más grave para el proceso intelectual fue la disolución de la Escuela Normal Superior, acusada de ser la causante de la crisis nacional, en 1951. El argumento central: la promiscuidad y la perversión de la juventud por la educación mixta y comunista del proyecto normalista de la República Liberal. Dice así una de sus más eminentes egresadas, la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda:

*En El Siglo [periódico de propiedad del presidente Laureano Gómez] se escribía que nosotras éramos promiscuas solo porque en la Escuela Normal Superior hombres y mujeres estudiaban juntos, y para afrenta sacaban iniciales de las estudiantes. Eran los editoriales más sucios que se puedan imaginar, la manera de extender la deshonra a la institución y acabarla [...] Pero nosotros no promiscuábamos; era, hagamos de cuenta, las monjitas adoratrices, en la pureza más completa... nosotras éramos las vírgenes del Sol, de acuerdo con las normas del momento. Nosotros queríamos era saber, estudiar, avanzar, y allí no se hacía ninguna rumba. Éramos ascéticos, con votos de pobreza, castidad y obediencia, como se nos inculcaba que debía ser el maestro (Herrera, M. C., 1987).*

Las razones del bloqueo a la Escuela Normal Superior tuvieron que ver, indudablemente, con el acceso a las corrientes modernas del pensamiento y de las mujeres a la Universidad. La venganza contra la institución fue más lejos, también era la venganza contra sus fundadores y egresados:

*Se perdieron hasta las fichas de inscripción y todo el registro nuestro de calificaciones [...] Cuando nosotros nos fuimos a estudiar a los Estados Unidos, pedimos el certificado y no lo pudimos conseguir. Nos tocó llevar como constancia la libreta de calificaciones. Fue un hecho gravísimo. La respuesta era que esas notas no aparecían. Seguramente las quemaron, qué demonios!, lo hicieron... en todo ese proceso, yo no sé qué hicieron todo. Eso es un suspenso... Luego viene la etapa más aciaga, de la violencia, posteriormente el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla y perdimos de vista el alma máter, mejor dicho, creo que sentí que ya no era, como cuando se le muere la mamá a uno y le ponen una madrastra [...] La pulverizó desde fuera la pugna política [...] Se vivían momentos de intenso fanatismo. Lo que ustedes oyeron a [Francisco] Socarrás [su más destacado ex rector y fundador]; ustedes lo vieron conmocionarse cuando se mencionó el nombre de*

*Laureano Gómez. Desafortunadamente él destruyó la obra de Socarrás, su creación fértil para un país que la necesitaba como el que más (Herrera, M. C., Op. Cit.)<sup>5</sup>.*

La retaliación del soberbio gobernante no se hizo esperar. La persecución contra los normalistas no tuvo miramientos. Recordaba los métodos de ignominia de la España de la posguerra civil, cuando el estigma y la venganza contra los derrotados llegaron a extremos de ensañamiento. Sin embargo el precio que Colombia pagaría no sería simplemente el de la “generación perdida”:

*El cierre de la Normal Superior clausuró el mejor comienzo científico del país, experimento que no ha podido repetirse. Desmembraron el alma máter, y su tradición no perduró en ningún segmento. Creo que fue resultado de uno de tantos momentos políticos del país en que la obnubilación partidista de sus líderes puede más que la razón. Era una época de despertar nacional, con una lucha entre fuerzas seculares y vientos nuevos. Y el ayer tuvo más poder. Sobre nuestra generación de la Escuela Normal Superior había renovaciones académicas venidas de Europa que nuestras estructuras políticas no pudieron asimilar. Había un equipo docente con grandes maestros dispuestos a enseñar. Y al comando la mística y la visión de Socarrás, con una juventud común de nuestra patria, que actuó como cera para dejarnos moldear y como esponjas para chupar conocimientos. Éramos lo joven frente a lo viejo y, repito, perdimos la pelea. Qué maravilloso sería profundizar acerca de estos momentos políticos tan nuestros que se repiten cíclicamente! (Herrera, M. C. y Low, C., Op. Cit.).*

Pero, además del sexismo contra la mujer, también había un trasfondo de prejuicios raciales y clasistas:

*Fue por el estigma y la persecución que nos siguieron. Solamente la racionalidad puede reevaluar estas cosas. Quiero recalcar que la Escuela Normal Superior fue un experimento insólito para olvidarlo. Allí no había diferencias raciales, clasistas. Éramos normalistas. Era una institución donde había gente de todas las regiones del país, de todos los estratos sociales: negros, indios, pobres y desarraigados. Muchos de mis compañeros, que luego desempeñaron un gran papel, duraron dos años con el mismo traje y para cambiarse tenían que ponerse el vestido de dril con que llegaron de la tierra caliente (Herrera, M. C. y Low, C., Op. Cit.).*

---

5 Esta venganza se refiere al enfrentamiento personal que se dio entre el entonces Rector Socarrás y el caudillo conservador que para entonces era líder parlamentario Laureano Gómez, en 1942, con ocasión de la publicación del libro del primero en 1942, *Laureano Gómez, psicoanálisis de un resentido*.

La medida había sido una verdadera debacle cultural:

*La Normal logró reunir en su tiempo una de las bibliotecas universitarias más ricas del país. Según los autores, su fondo alcanzó los 50 000 volúmenes, una extensión considerable para la época, sobre todo cuando se recuerda que en 1994 los recursos bibliográficos de una de sus herederas —la Universidad Pedagógica Nacional— solo llegaba a los 26 000 volúmenes! (Herrera, M. C. y Low, C., Op. Cit.).*

*Muchos de los libros fueron llevados a Tunja. Unos los botaron, otros los regalaron. Hubo libros de antropología que hablaban de evolución, del origen del hombre, que nunca fueron desempacados de las cajas, que después se perdieron... (Herrera, M. C. y Low, C., Op. Cit.)<sup>6</sup>.*

Las consecuencias fueron más allá:

*Una vez disuelta la Normal en 1951, la formación de docentes para la enseñanza secundaria perdió todo espíritu científico. Las múltiples Facultades de Educación que surgieron a finales de la década del cincuenta y comienzos de los años sesenta —incluyendo las dos prolongaciones de la Escuela, la Pedagógica de Tunja y la Pedagógica de Bogotá—, centraron sus esfuerzos en la docencia y en la formación moralizante del maestro. Con ello abandonaron el aspecto más dinámico de la vida universitaria, y sus profesores y estudiantes quedaron reducidos a una rutina pedagógica asociada con las didácticas. En sus claustros los docentes se olvidaron de la investigación y los vínculos con las disciplinas científicas se limitaron a la lectura de compendios y textos generales extraños a toda actitud inquisitiva y por principio ajenos a la vanguardia del conocimiento. Esto fue llevando a las Facultades de Educación a ser calificadas por los colegas de las demás carreras profesionales, de socios menores del sistema universitario. Su nivel académico comenzó a ser objeto de estigmas, y las oportunidades ocupacionales de sus egresados se fueron limitando hasta alcanzar salarios que apenas se diferenciaban de los montos obtenidos por los grupos más estables de la clase obrera (Cataño, G., consultado en 2007).*

Las políticas públicas en educación lograron, pues, el efecto contrario de las intenciones modernizadoras con que el Estado colombiano había iniciado el proceso de formación de maestros-investigadores e intelectuales para el cambio inmerso en la propuesta de formación de nación incluyente y democrática. El silencio y el ostracismo sería el precio que los maestros intelectuales pagarían por su osadía.

---

6 La afirmación es hecha por los entrevistadores.



Podríamos ilustrar este período con el caso de la Universidad Nacional en Bogotá, con dos ejemplos de los años sesenta y setenta: el surgimiento de la Sociología y la experiencia de la Nueva Historia. Personalizados en los casos del sociólogo Orlando Fals Borda y el sacerdote Camilo Torres, cofundadores de la primera facultad de Sociología en Colombia, y el caso de Jaime Jaramillo Uribe, fundador de la corriente conocida como la “Nueva Historia”, que renovó la historiografía colombiana.

### ***La Facultad de Sociología y el debate intelectual de la Violencia***

Había sido creada la primera Facultad de Sociología del país, Orlando Fals era su impulsor y corrían los años sesenta, (Guerrero y García, 2009), cuando un equipo de profesores del Departamento de Sociología, integrado por los sociólogos Orlando Fals Borda, el canónigo monseñor Germán Guzmán Campo, el sociólogo y sacerdote Camilo Torres Restrepo y el jurista Eduardo Umaña Luna, integraron el primer equipo de investigación y produjeron el estudio académico sobre *La Violencia en Colombia* y otras publicaciones menores, iniciando varias etapas de participación del mundo académico en el contexto de nuestra guerra civil, y con ello se inicia también un camino de dificultades por las actitudes y posturas de cada uno de ellos ante el conflicto.

Este primer estudio tuvo un amplio impacto:

*Un agitado debate en la prensa, ataques y descalificaciones a los autores, guerra de editoriales, reacción y réplica del clero, informe secreto de inteligencia militar sobre el impacto del libro en la sociedad colombiana, sesiones secretas del Congreso, crisis ministerial, represalias contra [la editorial] Tercer Mundo por haber publicado el libro y hasta el rumor de golpe de Estado, para luego volver al “pacto de olvido”, ahora sin importar el perdón: la reunión que convocó a los directores de 38 periódicos liberales y conservadores de todo el país, quienes, con excepción de [el diario gaitanista] La tribuna de Ibagué, “firmaron una declaración en la que se comprometían a evitar toda polémica sobre las responsabilidades que en la violencia hayan tenido los partidos políticos, reduciendo al mínimo la publicación de fotografías sobre episodios o hechos de violencia”. A los actores en adelante se les calificaría únicamente como “malhechores y asesinos” y no se les asignaría “ningún título político a los victimarios y a las víctimas”, cuestión que hasta hoy se ha cumplido más allá del mismo pacto de silencio: muchas veces sin nombrar a las víctimas ni a los*

*victimarios, hasta cuando algún suceso conmociona la opinión y la violencia vuelve a asomar su rostro sangriento, para recordarnos que ella está ahí a pesar de nuestra indiferencia o falta de memoria y de los muertos N.N., marca fatídica con que se ha rotulado la impunidad (Guerrero, J., 2007).*

De ese primer equipo y por diversas razones, Guzmán se autoexilia en México, Camilo Torres se une a las guerrillas y muere a los pocos meses en combate en febrero de 1966, en tanto que en medio de un álgido debate académico en 1970 –que tuvo además otros ingredientes como lo veremos luego–, Orlando Fals se retira de su cargo de profesor en el Departamento de Sociología por él fundado, renunciando a su vez al mundo universitario. Gonzalo Sánchez ve así este proceso:

*Por la vía de la aproximación crítica a la Violencia, este intelectual se encuentra y choca con la realidad externa al mundo universitario, al sistema educativo. Se encuentra con partidos, con campesinos, con hacendados, con guerrilleros, con clases, con estructuras sociales, con un poder político. Su blanco y también su reto es la sociedad global. Su compromiso político es una clara prolongación de sus actividades intelectuales. Es el momento de surgimiento de una nueva conciencia política de los intelectuales, de la crítica política del orden existente, y de la aspiración a erigirse, como lo quería Wright Mills, en conciencia moral de la sociedad. Es también, para ponerlo en términos de Jack Newfield, el momento de las “minorías proféticas”, que hablan a nombre de los desheredados, llámense obreros, campesinos, indígenas o pobladores de las barriadas. El intelectual de los años 60 está ligado, mucho más que hoy, a una intensa vocación de poder, de poder alternativo, incluso en su manifestación más descarnada de poder armado (Sánchez Gómez, G., Op. Cit.).*

Y luego concluiría este pasaje de los años sesenta:

*En Colombia, las fronteras entre el pensamiento crítico del académico y la acción revolucionaria del guerrillero llegan a su máxima tensión precisamente en la vida y obra de Camilo Torres, el cura al mismo tiempo profesor de la Universidad Nacional, analista de la Violencia y combatiente (Sánchez Gómez, G., Op. Cit.).*

La historia de Camilo Torres se convierte en un modelo maximalista de compromiso intelectual que involucra y tensiona la imagen del profesor e intelectual universitario que hace que “ser consecuente” se convierta, de alguna forma, en el imperativo de estar ligado a la praxis revolucionaria que cuestiona el lugar desde el cual se habla y más si se habla de transformar la sociedad.

Sin embargo, esta historia está llena de dificultades. Las izquierdas de diversos matices coparon la vida universitaria. Los discursos se radicalizaron. El clima creado por la revolución cubana, la figura mítica de Camilo, luego Ernesto “el Che” Guevara, llenaron histriónicamente los espacios de una sobre ideologización de la academia:

*Es pues en esta atmósfera cultural de la época en donde, casi sin advertirlo, se encuentran el intelectual y el guerrillero. Pero no es, desde luego, la única forma de compromiso o de fusión de la teoría y la práctica. El compromiso asume también variantes inéditas como la de “los pies descalzos” (los intelectuales que se unen a las masas) y la de la “investigación-acción” (Sánchez Gómez, G., Op. Cit.).*

Los investigadores sociales adoptaron la postura de la ciencia comprometida y no bastaba el conocimiento de la realidad. De lo que se trataba era de transformarla. Entonces emergían en las ciencias sociales la *investigación-acción participativa* y la *teoría de la dependencia* de los economistas de la CEPAL y de los intelectuales latinoamericanos (Cardoso, C. y Faletto, E., 1969) con la idea de explicar el subdesarrollo, pero ante todo como una reacción ante las teorías dominantes del desarrollo y la industrialización como única vía.

Además del discurso radical había permanentemente que demostrar una actitud militante frente a la realidad social que se expresaba no solo en los espacios del “compromiso”, sino en las formas de trabajo. La lucha anticolonialista y antiimperialista permeaba las teorías sociales. Es en este contexto donde el profesor universitario de esos tiempos empezó a ser estigmatizado y responsabilizado del curso de las luchas sociales y del rumbo de las universidades públicas, cada vez más críticas frente al establecimiento; pero día a día era más grande la brecha entre el Estado y la Universidad pública. Entonces el campus se convirtió en el laboratorio de ideas sin mucha interacción con la sociedad y menos con el pueblo. Los intelectuales académicos hablaban para el público letrado de los activistas e iniciados de los movimientos estudiantiles, hábiles en el manejo de manuales políticos, en debates sin mucha profundidad y sumidos en diálogos que, vistos desde fuera, parecían más bien una jerga con poca comunicación con el mundo exterior, que eran recibidos tan solo por algunos sectores sindicalistas, quienes adoptaban posturas y estilos de debate semejantes.

Volviendo al caso de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, por ser emblemática de estos debates, vale la pena analizar los efectos perversos de este clima político. Un típico intelectual producto de este ambiente, Orlando Fals, empieza a ser visto como un personaje incómodo. Con el avance de las cohortes del programa se criticaba el enfoque del plan

de estudios volcado hacia procesos empíricos, estudios de caso, encuestas y métodos cuantitativos y mucho procesamiento de datos en tarjetas perforadas IBM para el “enorme computador 360” en el que los magos de la naciente informática eran los ingenieros y los sociólogos. Sin embargo, formado en el estructural funcionalismo norteamericano, no era un apasionado de los paradigmas de las teorías marxistas, tan en boga por esa época. Eran tiempos de reforma y se reestructuraban las facultades en lo que se denominó la “Reforma Patiño”<sup>7</sup>. La reforma de Sociología abogaba, quizás con razón, por un mayor acercamiento a las teorías.

Dos aspectos tenía el debate: la confrontación académica por la reforma del plan de estudios, cuyo sector crítico estaba liderado por un antiguo profesor de la Normal Superior, formado en la sociología alemana, el profesor Darío Mesa, y el debate ideológico y político liderado por los activistas marxistas del movimiento estudiantil. En el primer campo continuó la reforma de la Sociología, que centraba la formación en las teorías clásicas de Emile Durkheim, Max Weber, Karl Marx y muy en segundo plano de los funcionalistas Robert Merton y Talcott Parsons, modificando sustancialmente la idea inicial, derrotando la propuesta de Orlando Fals, aunque dentro de los parámetros normales de un debate intelectual.

En el segundo campo, el debate ideológico y político era liderado por los activistas marxistas del movimiento estudiantil, especialmente por antiguos alumnos de Camilo Torres, por epígonos y seguidores de los partidos legales y clandestinos, y por simpatizantes de las nacientes organizaciones revolucionarias armadas, con el argumento y el estigma, ahora, de no ser marxistas. Aunque muchos de sus trabajos se aproximaban a esta importante corriente de pensamiento, Fals era un hombre abierto a otras corrientes del pensamiento crítico europeo, donde Jean-Paul Sartre, la Escuela de Frankfurt o la Revista *Socialismo o Barbarie*, le decían más que los debates sobre el crudo marxismo criollo o el debate chino-soviético-trotskyista, que por entonces campeaba. Incluso se le señaló de ser “agente de la CIA”, porque para la creación de la Facultad había conseguido recursos y profesores financiados por la Fundación Ford y muchos de los apoyos para investigación provenían de fuentes norteamericanas. Sin embargo, ya se había olvidado la hazaña de haber denunciado con Germán Guzmán, Eduardo

7 Félix Patiño Restrepo, Rector de la Universidad Nacional (1964-1966). “34 facultades dispersas y pantagruélicas las transformó en 11. Con la participación y el apoyo de docentes y estudiantes, con el apoyo del gobierno, que incrementó tres veces el presupuesto de la Universidad, y con préstamos internacionales intentó hasta donde pudo modernizar el alma máter de los colombianos. Creó departamentos, construyó institutos, importó intelectuales (caso Marta Traba) y se rodeó o, mejor, lo rodearon los más duros intelectuales de la época (Camilo Torres Restrepo y Orlando Fals Borda, entre otros), que no solo eran profesores, sino estudiantes. Y con todo ello y ellos reorientó los destinos de la Universidad Nacional”. UN periódico, <http://unperiodico.unal.edu.co/ediciones/99/03.html>, leído: 22 de octubre de 2007.

Umaña Luna y Camilo Torres, la hecatombe de los 300 000 muertos de la Violencia; ahora, perseguido por los partidos, el ejército y la Iglesia, por haber roto el pacto de silencio del Frente Nacional y haber tocado a las élites comprometidas, se sumaba a la confrontación interna en la Universidad. Fals y su esposa, María Cristina Salazar Camacho,<sup>8</sup> otra de las pioneras de la IAP y primera socióloga colombiana, fundadora de la segunda Facultad de Sociología en la Universidad Javeriana de Bogotá, y muchos de sus alumnos y co-investigadores de la *Fundación La Rosca* fueron detenidos, “interrogados” y perseguidos por el gobierno y los organismos de inteligencia, acusados de pertenecer al M-19 y de haber participado en uno de los golpes más audaces de esta organización, el robo de las armas del Cantón Norte en Bogotá, en 1980. Fue una época difícil donde ser sociólogo, y más si se era egresado de la Universidad Nacional, significaba estar automáticamente bajo sospecha.

Paradójicamente, no habían sido tan certeros los ataques desde el establecimiento, como los que salieron desde la izquierda dogmática. El maestro y un grupo importante de sus alumnos prefirieron marginarse de la Universidad y se retiraban al mundo de la investigación y la edición privada de sus trabajos desde el grupo *La Rosca*, donde también se hicieron los desarrollos mundiales de la IAP y se lanzó el proyecto editorial de la influyente *Revista Alternativa* primero y *Alternativa del Pueblo* después, y la publicación de numerosos libros sobre la realidad nacional, la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos-ANUC, la crítica a las teorías del desarrollo y una crítica implacable a los paradigmas positivistas, al lado de importantes intelectuales de América Latina como Pablo Freire, Ciro Cardoso, Helio Jaguarive, entre otros, y con importantes puentes con Alain Touraine, Daniel Pécaut y acercamientos importantes a corrientes contemporáneas de las ciencias sociales; mientras la antigua facultad, ahora denominada Departamento de Sociología, y la misma disciplina como tal, perdían la preeminencia intelectual y se hundían en el silencio de los ejercicios de una academia sin mucha trascendencia en el panorama intelectual colombiano, sin demeritar que algunos docentes siguieran irradiando intelectualmente a sus círculos cercanos, pero sin el innegable impacto de la década anterior.

### ***La Nueva Historia***

Distinta fue la experiencia de la Historia y menos traumática. Al preguntarnos cómo afectaron los tiempos del conflicto a los historiadores de la Universidad Nacional, tal vez las incidencias no sean directas. Nos ilustra

---

8 Falleció recientemente (2006), y ha sido objeto de importantes reconocimientos, entre otros, por sus aportes a la erradicación del trabajo infantil. Ver: Salazar, M. C. (2006). *Los esclavos invisibles: autoritarismo, explotación y derechos de los niños en América Latina*. Tunja, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Serie Honoris Causa.

el caso de la corriente de la *Nueva Historia* que emerge de las cenizas de la vieja Normal Superior. Una vez presentado el desgarramiento de la institución formadora de maestros, muchos de ellos se negaron a regresar a Tunja, los de la Normal de Varones, o a regresar a la enseñanza confesional en la Normal de señoritas de Bogotá. Algunos pocos, los que pudieron, regresaron a sus patrias europeas, como en el caso de Paul Rivet. Otros, como Miguel Fornaguera, José de Recasens, Rudolf Hommes y Julius Sieber se quedaron, pero muchos no pudieron volver a la institución libre que los formó. Es el caso de Jaime Jaramillo Uribe, quien hizo nicho en la Universidad Nacional y desde allí formó a las generaciones que se rebelaron contra la sacrosanta Academia Colombiana de la Historia y sus epígonos de las provincias que, salvo honrosas excepciones, hacían una historia prosopopéyica y de incensario, con poco rigor, muchas veces, en aras de hacer la tradicional “historia patria”.

El tema de la Violencia y los debates intelectuales sobre las coyunturas del momento en un principio tal vez no los afectó directamente, debido a que sus debates no se dieron sobre el presente y a que en un principio sus principales autores estudiaron períodos remotos, cuando más, correspondientes al siglo XIX y la mayoría sobre problemas coloniales y del período independentista. Muchos de sus aportes se hicieron sobre las estructuras agrarias, la formación del bipartidismo, las guerras civiles, las dominaciones imperiales y en las últimas dos décadas un involucramiento directo a las temáticas, que le costó la vida a muchos docentes universitarios, amenazas y desplazamientos a otros tantos, en un estudio que está por hacerse.<sup>9</sup>

La *Nueva Historia de Colombia* era un proyecto académico y político que transformó el cuento republicano decimonónico y de los manuales de enseñanza de la historia para la justificación del *statu quo* por una historia crítica y alternativa más interesante a las nuevas generaciones y más útil para la construcción de una modernidad democrática para explicar las dificultades del presente. Jaramillo Uribe, a partir de formar un pequeño grupo de historiadores profesionales con el dominio de las mejores técnicas y teorías historiográficas de su tiempo, influenciados por la escuela francesa de los *Annales* y por la anglosajona *New History Economic*, instruyó la generación que se lanzaría a “los nuevos combates por la Historia”, que formaría a otras generaciones de historiadores para una renovación de la memoria y de las prácticas historiográficas alternativas. De allí emergieron

9 A raíz de la muerte de Héctor Abad Gómez (1987), Jesús Antonio Bejarano (1999), Darío Betancur (1999), Hernán Henao (1999), entre muchos otros docentes, y atentados y amenazas a otros tantos, se propuso a la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación y al ahora denominado Centro de Memoria Histórica, la reconstrucción del caso de los docentes universitarios para conocer la exacta dimensión del impacto de la guerra civil en la actividad de los docentes universitarios.

egregias figuras como Germán Colmenares, Jorge Orlando Melo, Medófilo Medina, Hermes Tovar, Jorge Palacios Preciado, Margarita González, Gilma Mora, por mencionar algunos, y a los que se les sumaron posteriormente Álvaro Tirado Mejía, Jesús Antonio Bejarano, Salomón Kalmanovitz, Gonzalo Sánchez, Mauricio Archila, Bernardo Tovar, Fernán González, Marco Palacios, Jose Antonio Ocampo, entre muchos otros historiadores que desde la disciplina transformaron la visión del pasado de la sociedad colombiana.

La Nueva Historia, cinco décadas después, es el resultado de un proceso intelectual de pensamiento crítico del proyecto nacional en un contexto latinoamericano, y ha abordado y reinterpretado muchas temáticas, derrumbando mitos y construyendo nuevas perspectivas de interpretación alternativa a la vieja historia apologética e institucionalizante.

No obstante, ni las ciencias sociales ni los intelectuales y sus trabajos para transformar la realidad lograron cambiar el curso de la guerra. Sus trabajos evolucionaron con el conflicto y los diagnósticos, teorías e hipótesis, se fueron adaptando a una realidad terca que no ha cedido a la razón de la academia. Ríos de tinta y horas de debate, innumerables eventos, reseñas, artículos y libros, no han logrado el mentado triunfo de la razón sobre la razón persistente de las armas, en su creciente degradación y crueldad.

## Conclusiones

---

La pregunta por el impacto de la guerra y la violencia en el quehacer académico y cómo dicha violencia ha moldeado la actitud intelectual ante la guerra de los profesores universitarios en el marco del estudio, arroja para el período de los años cuarenta hasta los setenta un resultado interesante con base en los casos estudiados. En la Normal Superior Nacional, caso con el que hemos ilustrado los denominados maestros intelectuales, se muestra la influencia de esta institución en la formación de una conciencia moderna dentro de un proyecto nacional incluyente; el impacto de su disolución fue definitivo. El estigma que impuso el gobierno conservador a este proyecto liberal para la formación de maestros, se sumaba a la llegada de ideas nuevas ante las que se impusieron ideas y prejuicios provenientes de la España franquista, como considerar a la educación mixta y crítica como formas de perversión de los jóvenes, especialmente de las mujeres. La institución fue cerrada y destruida en su esencia con graves perjuicios contra la cultura y la educación colombiana. En adelante, ser maestro no implica la fuerza del compromiso intelectual, científico y pedagógico que imprimió el proyecto de la Normal Superior. Su formación se empobreció y hasta salarialmente se transformó en una forma poco digna de subsistir.

El caso de la Universidad Nacional ilustra la categoría de los intelectuales críticos que asumieron la misión profética –o mejor, la misión mesiánica– de transformar la sociedad y abolir las inequidades. Pero ante todo, en el caso de la Facultad de Sociología, asumieron la responsabilidad de estudiar los orígenes de nuestra “guerra civil no declarada”, abriendo una gran ventana a uno de los más escabrosos capítulos de nuestra historia, en medio del pacto de silencio de los partidos políticos que décadas antes habían lanzado a sus huestes por el abismo del odio. Fue una época de intensos debates ideológicos y de ciencia y “compromiso”, de donde surgió la corriente de la Investigación-Acción Participativa, IAP. Pero la guerra misma ingresó a los discursos de los intelectuales convirtiéndose, primero, en parte del objeto de estudio y luego, en el caso de Camilo Torres, en parte del quehacer del intelectual profético.

En el caso del Departamento de Historia, con el resultado exitoso del surgimiento de la Nueva Historia personalizada en el maestro Jaime Jaramillo Uribe, quien sin abandonar sus derroteros intelectuales, transformó los cimientos de la disciplina y del saber sobre las vicisitudes del proyecto nacional, incorporando lo mejor de las tendencias mundiales y constituyéndose en un faro nacional para la formación y el quehacer de los historiadores. Sin abandonar la figura del maestro intelectual, entra en la etapa del intelectual profético, no para hacer la revolución social y política, sino para hacer la revolución intelectual de la disciplina histórica. La diferencia con el caso anterior está en que la guerra no será para él parte de su praxis sino su objeto de estudio.

## Bibliografía

---

Aguilera, M. (Ed.) (2002). *Camilo Torres y la Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional.

\_\_\_\_\_ (2001). *Gerardo Molina y la Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional.

Azula Barrera, R. (1956). *De la Revolución al Orden Nuevo, proceso y drama de un pueblo*. Bogotá: Editorial Kelly.

Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (1967). *Los estudiantes y la cultura*. Barcelona: Editorial Labor.

Cardoso, C. y Faletto, E. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México, Siglo XXI.



- Cataño, G. (s.f.). *Un libro sobre la Escuela Normal Superior*. Consultado en 21-10-2007. Disponible en: [http://w3.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce28\\_15deba.pdf](http://w3.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/rce28_15deba.pdf)
- Díaz Villa, M. (1998). *La formación académica y la práctica pedagógica*. Bogotá: ICFES.
- Gil, F. (1996). *Sociología del profesorado*. Barcelona: Ariel.
- Giraldo, P. (2005). Adiós a la inocencia, crónica de una visita al estilo nacional de hacer Antropología. En: *Revista Antípoda*, Universidad de Los Andes, No. 1, julio-diciembre de 2005.
- Guerrero, J. (2002). El 9 de abril: de la revolución imaginada a la revolución frustrada. En: *Memorias XI Congreso de Historia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- \_\_\_\_\_ (1977). *Los años del olvido: Boyacá y los orígenes de la Violencia*. Tunja: UPTC, 2ª edición.
- \_\_\_\_\_ (2006). Presentación y Addenda, exposición de motivos por los cuales la Escuela de Ciencias Sociales solicita a los Consejos Superior y Académico otorgar al Dr. Orlando Fals Borda el título de Doctor *Honoris Causa* en Ciencias Sociales. En: O. Fals (2006). *El hombre y la tierra en Boyacá, bases sociológicas e históricas para una reforma agraria*. Tunja: UPTC, 4ª edición. Serie *Honoris Causa*.
- \_\_\_\_\_ (2006). Prólogo. En: M. C. Salazar (2006). *Los esclavos invisibles: autoritarismo, explotación y derechos de los niños en América Latina*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Serie *Honoris Causa*.
- \_\_\_\_\_ y García, B (2009). Las Ciencias Sociales y la invención del Tercer Mundo: A propósito de la obra académica de Orlando Fals Borda (I). En: *Revista Historia de la Educación Latinoamericana* (12), 42-61, 2009.
- Herrera, M. C. y Low, C. (1987). Virginia Gutiérrez de Pineda: una vida de pasión, investigación y docencia. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, No. 10, vol. XXIV. Consultado en 1-09-2007. Disponible en: <http://lablaa.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boleti3/bol10/virginiab.htm>.
- \_\_\_\_\_ (1994). *El caso de la Escuela Normal Superior. Una historia reciente y olvidada*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- \_\_\_\_\_ (1994). *Los intelectuales y el despertar cultural del siglo: el caso de la Escuela Normal Superior*. Universidad Pedagógica Nacional.
- Misas, G. (2004). *La educación superior en Colombia, análisis y estrategias para su desarrollo*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Mosquera M., R. (1990). *Hacia una Universidad moderna e investigativa*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Ocampo López, J. (1978). *Educación, Humanismo y Ciencia*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Pizarro, E. (1996). *Colombia: insurgencia sin revolución, la guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*. Bogotá: Tercer Mundo Editores/IEPRI.
- Popkewitz, T. (1997). *Sociología política de las reformas educativas*. Madrid: Ediciones Morata.
- Quiceno, H. (1987). *Surgimiento de la pedagogía activa y la escuela nueva en Colombia*.
- Rodríguez, G. y Santana, C. (2002). *Las representaciones sociales de maestros*. Tesis Maestría en Desarrollo Educativo y Social. Bogotá: CINDE – UPN.
- Rueda, J. E. (1993). La antigua facultad de sociología de la Universidad Nacional y la creación de los departamentos de antropología en Colombia. En: J. E. Rueda (1993). *Los imaginarios y la cultura popular*. Bogotá, Cerec.
- \_\_\_\_\_ (1993). Los intelectuales de la República Liberal y el indigenismo. En: *Memorias del VI Congreso de Antropología en Colombia. Simposio Antropología y Derechos Humanos*. Bogotá: Tercer Mundo-Universidad de los Andes.
- Ruiz, M. (2002). *Sueños y realidades: procesos de organización estudiantil 1954-1966*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Salazar, M. C. (2006). *Los esclavos invisibles: autoritarismo, explotación y derechos de los niños en América Latina*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Serie *Honoris Causa*.
- Sánchez Gómez, G. (2000). El compromiso social y político de los intelectuales. En: *Revista Pensamiento y Acción*, Revista Internacional de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (10), 5-16. Intervención con motivo del otorgamiento de la *Diskin Memorial Lectureship por la Latin American Studies Association y Oxfam America*, "For the Integration of Scholarship and Activism". Miami.
- Socarras, J. F. (1942). *Laureano Gómez, psicoanálisis de un resentido*. Bogotá: Planeta, 1994.
- \_\_\_\_\_ (1987). *Facultades de Educación y Escuela Normal Superior; su historia y aporte científico, humanístico y educativo*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

UN Periódico (s.f.). *Félix Patiño Restrepo, rector de la Universidad Nacional 1964-1966*. Consultado el 22-10-2007. Disponible en: UN periódico, <http://unperiodico.unal.edu.co/ediciones/99/03.html>.

Uricoechea, F. (1999). *La profesionalización académica en Colombia: historia, estructura y procesos*. Tercer Mundo Editores.

